

Las costuras invisibles

Yeniter Poleo

PRÓLOGO

La memoria en compañía

«Tengo miedo de saber que nada ha sucedido, que todo ha sucedido», escribe la narradora sin nombre de *Las costuras invisibles*. Yo escribí algo parecido hace algún tiempo. Así que entiendo perfectamente lo que esta oración quiere decir.

Cada puntada lleva hilo en este relato escueto en torno a tres generaciones de mujeres vinculadas en el nudo de una familia. El envés de los bordados puede ser prolijo, en esa acepción de prolijidad relacionada con la pulcritud, o, al contrario, puede parecerse al retrato de la putrefacción del mismísimo Dorian Gray. Un retrato, arrumbado en el cuarto oscuro, que dice la verdad. En el reverso de las cosas a veces se encuentra la verdad. La literatura y la nigromancia trabajan desde estos presupuestos. La verdad está ahí fuera, decía una voz en *Expediente X*. Pero otras veces la verdad está ahí dentro. Dentro, dentro, muy dentro. En la matriz misma de la memoria.

En estas pocas páginas, Yeniter Poleo no da puntada sin hilo. Lo reitero porque yo no sé operar con tanta precisión en mi escritura. Acumulo materiales. Incluso escombros.

Soy Diógenes. Padezco su síndrome. Sin embargo, en la escritura de Poleo sentimos el ritmo del metrónomo. Nada sobra ni excede los límites de ese ritmo. Lo que ocupa la figura de cada nota. Exactamente. Blancas, semicorcheas, fusas. Cada decisión narrativa adquiere su exacto valor: es importante, por ejemplo, que no sepamos el nombre de la narradora. Que sea el único personaje sin nombre en una familia de mujeres con nombres intencionalmente colocados: desde esa Yaya, tan descriptiva, hasta las hermanas rima-das, Cristina, Sabrina, Melina. Ritmo y rima. Rima y ritmo.

También es fundamental la hipótesis del todo o de la nada resumida en la oración —gramatical y religiosa— con la que se abrían estas líneas: «Tengo miedo de saber que nada ha sucedido, que todo ha sucedido». Ese temor es el de una escritura hipocondríaca que se construye, como toda buena escritura, contra la frontera entre la realidad y sus ficciones. «La realidad y sus ficciones» nunca sería una expresión sinónima de «la ficción y sus realidades», porque hay cosas que son únicas, indiscutibles, suceden y están ahí, dormidas, como una metástasis que, de pronto, despierta. La hipocondría se mueve en el filo del saber y el no saber, pero el hecho de ser hipocondríaca no te salva de la fibra concreta de un tumor. No lo descarta. Las hipocondríacas, incluso las olvidadizas, también morimos.

En ese poder ser o no ser simultáneo, familiarmente hamletiano —*to be or not to be*—, descansa también la ligereza y el peso específico, el desenfado y la seriedad, la ternura y la sordidez de esta narración. Perfectamente equilibrados, lo más luminoso y lo más turbio, dentro de la una estructura

narrativa eficaz que también podría funcionar como una obra de teatro. Mientras leo, veo la representación dentro de mi cabeza. Perfectamente.

Siento recurrir al tópico, pero las palabras de la narradora sin nombre son la punta de la enorme masa sumergida de un iceberg. Son la alfombra bajo la que se tapan las caquitas domésticas, de modo que el relato se convierte en el gran instrumento, pese a su aparente modestia, de la expiación y la sanación. El relato nos permite identificar a los monstruos, delinearlos, en la masa amorfa de la oscuridad: la escritura interesante parte de una duda a menudo hipocóndrica sobre lo real y lo imaginario, sobre lo que tememos y acaso no deberíamos convocar con nuestras palabras por si se cumple, pero, además, la literatura interesante —es decir, la que a mí me interesa— también suele tener un componente siniestro. Lo siniestro es aquello que convierte lo familiar en extraño, aunque podríamos pensar que lo familiar y lo extraño terminan constituyendo una redundancia porque cada familia encierra su extrañeza y la extrañeza se nos hace diariamente muy familiar. Lo siniestro se define como lo que permanece oculto y quizá jamás debería manifestarse, pese a que, si no se manifiesta, pudre y pudre y pudre, y tres veces vuelve a pudrir.

La literatura, a menudo, escarba en el territorio de lo siniestro, en el submundo, y al visibilizar, acaso transforma y sana. Quizá es que la literatura nos cuida desde la práctica de la crueldad. El texto de Poleo es bofetada y caricia. Como los cuidados que también ocupan en el centro de esta narración: el cuidado de las ancianas y de las niñas, de las niñas

ancianas y de las ancianas que vuelven a una infancia en la que están muy desorientadas y se pueden perder.

Casi todas guardamos el recuerdo brumoso de aquella vez que nos perdimos. Éramos niñas. Nuestros intentos de reconstruir el pasado son sensoriales, pasamos el dedo por la cicatriz y le buscamos un sentido. El origen. Queremos leer esa cicatriz. Cuando, desde las palabras del arte, hacemos memoria lo primero que nos llega son las sensaciones y la emoción: suave, miedo, salado, placer, tarareo, incertidumbre... A partir de esa huella, reconstruimos la acción, la persona, el objeto —la magdalena, también— que provocaron el miedo o fijaron, para siempre, la suavidad en nuestro sentido del tacto. Por mucho que las sensaciones se impongan y vayan amortiguándolos, la acción, la persona, el objeto, la cadeneta de la causa y sus efectos siempre están ahí. Da igual que la memoria funcione como un mecanismo ajeno a la justicia. Incluso a la justicia que nos debemos a cada una de nosotras. Y, sin embargo, levantamos nuestra identidad desde las huellas y las impresiones, y a veces necesitamos que alguien nos lleve la mano para escribir la palabra clave. A veces la persona más inesperada es quien nos lleva la mano. Yeniter Poleo y su narradora cuyo nombre no conocemos lo saben.

Poleo lo sabe y escribe un cuento largo o una novela corta que maneja con una precisión nada neblinosa el orden de los acontecimientos. Poleo es una estupenda narradora y, con su facilidad para llevarnos por un relato, muchas veces divertido y entrañable, nos invita a pensar en cada una de nuestras vidas a partir de algunas preguntas: de qué

elegimos acordarnos; qué recuerdos no podemos elegir; por qué borramos ciertas imágenes; quiénes son nuestros fantasmas; cómo nos llamamos; si existe la posibilidad de una marca genérica en el bloqueo de la memoria; cómo formamos parte —o no— de la memoria ajena. Pasado, presente, relojes, tic, tac, epifanía, visión y catapún.

Qué belleza y qué miedo darle la vuelta al lenguaje como un calcetín para sacar a la luz el componente imaginativo de la memoria y la memoria de lo vivido como parte de la imaginación. La relación de todo ello con la escritura.

En *Las costuras invisibles*, como en las mejores narraciones —las que a mí me lo parecen—, no se habla explícita ni metaliterariamente de la escritura y, sin embargo, la escritura, la familia y los recuerdos, se vinculan en una matemática relación transitiva. La familia —coto de protección, asfixia y máximo abandono— para su definición y permanencia exige una memoria de los vínculos; a la vez, la memoria sin relato se fragiliza y esa fragilidad disuelve los afectos.

Poleo, más allá de las malas memorias de nacimiento, de las memorias perdidas por los buscadores y repositorios internáuticos de memoria —atención, volvemos a no dar puntada sin hilo: la profesión de la narradora no puede ser casual—, más allá de los lógicos despistes causados por el paso de los años, trabaja con personajes de recuerdos dañados a causa de patologías y traumas: el mero hecho, la acción, de escribir un libro como este, abunda en la necesidad de que haya memorias de mujeres, que deben hacerse públicas, para que sus experiencias no se difuminen, no se pierdan y, en la bruma, las violencias puedan repetirse.

Puedan perpetrarse una y otra vez. Poleo le pone nombre a la enfermedad del olvido y dibuja tres generaciones de mujeres —ni ricas ni blancas— que son fortísimas desde la recobrada conciencia de sus fragilidades culturales, políticas, económicas. Su capacidad de reaccionar y combatir —la nuestra— surge de la recuperación de la memoria en compañía, de su restauración, como espacio de no soledad. Como la literatura, que también puede ser un territorio no para perderse, sino para encontrarse. Fijación del recuerdo. Aquí unimos fuerzas para levantar el felpudo que tapa las caquitas. Redescubrimos la piel.

No permitir que nos roben el relato ni nos suman en la culpa y la vergüenza.

Poleo no permite que nos roben el relato y escribe este —tan humano, tan pequeño, tan afable— para visibilizar las costuras y los reversos oscuros.

Marta Sanz
Madrid, febrero de 2025

Las costuras invisibles

Mi gratitud a Angie Castro, Ana Cecilia Quintero,
Sara Castro y Natalia Acero por su generosidad y serena
compañía. Sin ellas, esta y otras historias no habrían
hallado su tiempo y espacio.

A Héctor Melo, por este segundo viaje.

... y no lo sabía tampoco su abuela, cuya imagen le
afioró desde el recuerdo como desde un pozo enterrado,
qué extraño, porque no era el recuerdo de una persona,
era el recuerdo de una persona que le habían contado, ella
no llegó a conocer a su abuela, ¿cómo podía acordarse tan
bien de un rostro que nunca había visto?

El tiempo envejece deprisa, Antonio Tabucchi

Dime dónde, dónde las guardaste, insiste ella mientras voy reponiendo en su lugar todo lo que va sacando, descolocando, regando por el piso. Le pido detalles, dónde las pusiste, cuándo fue la última vez que las viste, pero mi abuela no escucha o no le interesan las preguntas, solo las respuestas. Entonces, se queda quieta. Me mira de arriba a abajo con desprecio y alza la cara con expresión altanera. Al siguiente segundo, está replegada en el rincón gimoteando como niña desamparada. Paso de la rabia a la frustración y de la frustración doy un salto a la piedad. Me acerco, pretendo consolarla, pero me repele agitando las manos como si yo fuera un perro que olisquea su plato de comida.

No sé qué busca. A lo mejor son unas llaves, unas medias, unas tazas, unas monedas. Desde hace tiempo vive recogiendo objetos dispersos y escondiéndolos en sitios insospechados. Objetos que no son suyos. Sus hijas, mi madre y mis dos tías, están preocupadas por su salud, aunque después de los últimos exámenes todo parece indicar que mi abuela tiene el organismo más sano de la familia.

Ha visto el mundo girar durante ochenta y cinco años. Me pongo en sus zapatos, es demasiada información. Es lógico, si no necesario, bloquear el acceso a nuevos datos y preservar solo los de mayor relevancia; por eso no tiene claro dónde las puso, sea lo que sea que esté buscando. Según su doctor, la realidad le sucede demasiado rápido a mi abuela y por eso no alcanza a asimilarla. Yo, como lo tengo en baja estima —repito explicaciones idénticas para síntomas diferentes—, creo que no es un asunto de velocidad sino de interés. Nada alrededor cautiva la atención de mi abuela, nada resulta relevante, es como si se hubiese convertido en una ermitaña mental.

Cuando yo estaba en bachillerato solíamos reunirnos a estudiar en casa de Tomás, a quien criaba su abuela, una señora gruesa, muy buena conversadora; o quizá era yo quien estimulaba sus remembranzas con mis preguntas sobre su vida como actriz de radio. Ella me contaba las anécdotas de sus años de fama y durante el relato se detenía, se quedaba pensando y al cabo se percataba de que había olvidado esto o aquello, o de que no tenía claro un nombre o un porqué. Yo no lo podía creer. Cómo era capaz de tanta precisión, las luces, la cabina, el público en vivo, el olor del estudio, el vestido y de pronto, un vacío. Yo presionaba, curioseaba sus vivencias con actitud policial, la sometía a verdaderos interrogatorios donde solo me faltaba ponerle una linterna en los ojos: por dónde pasaba el bus que iba a la emisora, cuál era el título de la radionovela donde actuaba, ¿llegó a ver esbirros de la dictadura merodeando, pendientes de censurar

transmisiones? Nada. La data había sido eliminada. Ella se reía de mis frustradísimos niveles de exigencia y aceptaba sus lagunas como un desgaste natural.

Más adelante, esa contrariedad se me tornó recurrente hasta el punto de la irritación. Asuntos salidos de la rutina, graves o jocosos, puntos de inflexión en mis relaciones, los recordaba solo yo. Una vez, R. y yo nos escapamos a un motel. No usamos el jacuzzi, pero dejamos rastros de nuestro sudor por toda la habitación. Cuando llegó la hora de la partida, descubrimos que dentro del auto se habían quedado las llaves y por motivos obvios R. no podía llamar a su consorte para que le acercara las de repuesto. Habría sido el fin de sus tiempos. Le pedimos al recepcionista un gancho de metal de los que se usan para colgar ropa, pero solo consiguió un poco de alambre. Lo doblé para formar una ganzúa y con paciencia fui intentando alcanzar el dispositivo del seguro a través del mínimo espacio que quedaba entre el vidrio y la puerta. Nunca antes lo había hecho, pero podría asegurar que me demoré en lograrlo más por nuestros ataques de risa que por la dificultad de la tarea. Todavía me causa gracia. Cuatro años después, nos topamos en una fiesta. R. no recordaba lo vivido.

Algo semejante me sucedió con N. La relación con su hermana era terrible, se hablaban poco y rudo, además ella tenía un novio imbécil, muy difícil de tragar. Cuando se aproximaba el cumpleaños número sesenta del papá, N. quiso hacer una celebración *inolvidable* y nos dispusimos